



AVN

Latinoamérica entre crisis y progreso

Demetrio Boersner*

La situación de Venezuela contrasta con los avances democráticos de Latinoamérica. La región tiende a un equilibrio bipolar

La crisis política y social venezolana llegó a perturbar y preocupar a las Américas, y organizaciones regionales comenzaron a ocuparse del problema. Panamá, país hermano vinculado a Venezuela por múltiples lazos, tomó la iniciativa de pedir que el Consejo Permanente de la OEA se reuniera para discutir la crisis venezolana y escuchara la voz, entre otras, de una destacada dirigente de la oposición democrática venezolana, la cual hablaría en calidad de invitada de la delegación panameña. Incapaz desde siempre de asumir posturas diplomáticas hábiles y de *torear* elegantemente alguna controversia procurando quitarle importancia, el régimen venezolano armó un estruendoso berrinche y movilizó a sus vasallos y aplaudidores –los pequeños países beneficiarios del petróleo barato y la chequera crediticia, el Brasil beneficiado con contratos industriales y la apertura de la *vía al norte*, y el Secretario General siempre ilusionado con los aplausos de la izquierda chavófila continental– para tratar de acallar la voz opositora venezolana. El resultado fue el contrario: la decisión de *puertas cerradas* multiplicó el interés y la preocupación del mundo por lo que pasa en Venezuela.

Aún en tierras lejanas, el drama venezolano suscitó importantes gestos de solidaridad democrática y humanitaria. El Parlamento Europeo, la mayoría de las Internacionales par-

tidistas, importantes organizaciones no gubernamentales, y los gobiernos o parlamentos de numerosos países, así como la prensa internacional de alta calidad, lanzaron exhortaciones al Gobierno venezolano para que cese la represión violenta y se entable un diálogo nacional. El Papa manifestó su preocupación y la Santa Sede considera la posibilidad de actuar como facilitadora de un acercamiento entre los dos bandos venezolanos adversos.

La Unión de las Naciones Suramericanas (Unasur), de espíritu regionalista anti-hegemónico y parcialmente influida por el chavismo, ha tenido una actuación positiva en el sentido de visitar a Venezuela con el fin de promover una solución pacífica de nuestro conflicto. Sus cancilleres tuvieron la cortesía de otorgar suficiente tiempo a encuentros con la oposición democrática, además de los organizados por el oficialismo.

GEOPOLÍTICA LATINOAMERICANA: DOS ALIANZAS

Sigue perfilándose la posible formación de un orden geoestratégico bipolar en América Latina, un sistema de rivalidad y de equilibrio entre dos bloques o alianzas. La primera es la atlántica, dirigida por Brasil, y la otra, la ya oficializada Alianza del Pacífico, integrada por México, Colombia, Perú y Chile y abierta a la adhesión de otros países cercanos a la ribera occidental del continente.

Las raíces de esta incipiente bipolaridad son a la vez histórico-estratégicas e ideológicas. Desde hace cien años Brasil es la potencia hegemónica de Suramérica, jugando un papel que ha sido calificado de *subimperialista* por cuanto siempre procuró contar con el beneplácito del principal centro de poder imperial: Estados Unidos aceptaba *delegar* en Brasil una parte de su hegemonía hemisférica. Por otra parte México, a partir de su revolución iniciada en 1910, ha estado tratando de ganar influencia regional creciente y en el juego diplomático internacional regularmente le ha disputado a Brasil el puesto de primera potencia regional latinoamericana.

En el plano ideológico, Brasil generalmente solía basar su reclamo de poder subimperial en el conservadurismo y la defensa del orden regional establecido. En cambio México, en nombre de los principios de su revolución nacional-democrática y popular, intentó liderar a América Latina como fuente de inspiración autonomista frente al poder de Estados Unidos. Las cosas se invirtieron a partir de 1990. Tras la caída de su dictadura militar, Brasil abrazó principios de nacionalismo tercermundista adaptado a las condiciones de la época, mientras que al mismo tiempo México viró del autonomismo rebelde hacia la globalización y una apertura neoliberal parcial.

En la actual contraposición de dos bloques —la Alianza del Pacífico, en la cual México ocupa un puesto estelar, y la alianza Brasil-Mercosur—, la

primera cuenta con la entera simpatía de Estados Unidos y tiende (con reservas y bemoles) hacia la globalización neoliberal. Sus integrantes niegan la vieja dicotomía Norte-Sur y no vacilan en ingresar al *club primermundista* de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), cortando sus amarras al tercer mundo y aceptando un rol de *cola de león*. En cambio Brasil, pese a su modernidad y las invitaciones que ha recibido para ingresar a la OCDE, se ha negado a hacerlo prefiriendo ser, junto con los demás países *emergentes*, la *cabeza de ratón* del mundo en vías de desarrollo. Por ello, el espíritu de la Alianza del Pacífico podría ser calificado como de *centroderecha* y el del Brasil y sus seguidores, de *centroizquierda*.

Desde nuestro punto de vista de demócratas sociales solidarios de los pueblos explotados, la posición ideológica del Brasil nos provoca gran simpatía, pero lamentamos que sus propios intereses de potencia subhegemónica le impidan practicar todo lo que predica y que además se rebaje a sostener a regímenes opresivos dentro de su área de influencia.

RATIFICACIÓN DE SOCIALDEMÓCRATAS

De modo general, América Latina está progresando. Con las excepciones de Cuba y Venezuela, los países de la región poseen sistemas de gobierno democrático, representativo y pluralista, con aceptables niveles de respeto de los derechos humanos. Sus economías crecen en forma moderada pero sostenida. Sus índices de pobreza y de exclusión disminuyen, aunque persisten las desigualdades básicas en la distribución del ingreso. La mentalidad de los pueblos latinoamericanos es democrática, y de particular simpatía gozan las corrientes ideológicas de centroizquierda o socialdemócratas.

Este último hecho quedó en evidencia en las recientes elecciones presidenciales de El Salvador y de Costa Rica. En el primero de estos países fue elegido a la presidencia el candidato del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, movimiento que ya ejercía el gobierno del país y que, de antiguas posiciones de extrema izquierda, ha evolucionado hacia un socialismo democrático *posibilista*. En Costa Rica, el viejo Partido de Liberación Nacional (socialdemócrata) había sufrido una división y triunfó el candidato de la nueva formación disidente, pero no cambia la orientación doctrinaria, porque tan socialdemócratas son los ganadores como los perdedores. En cambio sufrió una seria derrota el candidato de un izquierdismo más radical, sospechoso de simpatías *chavistas*. Ambos pueblos rechazaron a los candidatos de la derecha democrática inclinada al neoliberalismo.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.